

Más
Allá
del Odio

EDUARDO S.
CAÑAS ESTRADA

índice

I.	Adolescencia	5
II.	La Fiesta	17
III.	Un Camino Difícil	27
IV.	Extraño Acontecimiento	37
V.	La Carta	51
VI.	El Día de la Boda	61
VII.	Sentimientos	71
VIII.	Un Amigo	83
IX.	Futuro Incierto	95
X.	Realidad Dolorosa	105
XI.	Libertad Indeseada	121
XII.	Un Grito de Angustia	129
XII.	Encuentro	136

© 2012

Por: Eduardo S. Cañas Estrada

Publicado por: Manantial Editores www.manantialvida.org

Primera Edición: Noviembre de 1998

Segunda Edición: Mayo de 2012

Derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin el permiso previo de los editores.

Las citas bíblicas han sido tomadas de la Santa Biblia: Reina-Valera 1960, por Sociedades Bíblicas Unidas; y la Santa Biblia: Nueva Versión Internacional, © 1999 por la Sociedad Bíblica Internacional.

Diseño de cubierta: Yeisson Calderón

Impreso por Coedigraf .S.A.S. Bogotá, Colombia



1

adolescencia

Isidora González nació en una pequeña población de unas 50 casas distribuidas alrededor de una pequeña plaza y tres calles a la orilla de un río de aguas rápidas y turbulentas. Algunas eran de zinc y otras de palma; y a excepción de la iglesia católica, todas eran de bahareque, estucadas con boñiga y blanqueadas con cal. No había policía ni cárcel y se puede decir que era un lugar olvidado de su patria.

Los días pasaban lentos en aquel pueblo adormecidos y agobiados por el calor y sumidos en el marasmo y el olvido, a tal punto que lo podrían borrar del mapa y pasarían varios años antes de que alguien lo echara de menos. La autoridad tenía casi como única función encender y apagar la luz eléctrica.



De vez en cuando rompía la monotonía del lugar un hombre como de 60 años llevando con paso lerdo una mochila de lona bajo el brazo y dentro de ellas unas 20 cartas, pues su misión era caminar jornadas de tres y hasta cuatro días para entregarlas. Cartas que a veces eran de amor o preguntas relacionadas con la situación económica de algún familiar. Era el encargado del correo y tal vez el empleado más ignorado del gobierno.

Mamá ¿y dónde está mi papá? –le preguntó su hijo Cándido Manuel cuando le celebraban sus cinco años de edad.

-Lejos, muy lejos, -le respondió la madre con tono de indiferencia.

La pregunta de su hijo le hizo recordar a Isidora en forma repentina aquel día cuando Luis Augusto Padilla le dijo que la amaba como nunca jamás había amado a una mujer; se enamoraron a escondidas cuando ella contaba con 15 y él 17 años de edad. Cada uno pensó en forma independiente en la fecha del matrimonio sin que el otro lo supiera, pero cuando hablaron de lo que querían hablar descubrieron que habían coincidido.

- Será el 20 de enero, en la fiesta de San Sebastián

-Le dijo Luis Augusto Padilla a Isidora.

Hacía 6 meses que su novio había llegado al pueblo procedente de Remolino, próspero caserío al otro lado de la montaña y desde el momento en que la vio a la orilla del río en un atardecer de junio vestida con el



uniforme de la escuela, sintió amarla y concluyó que haría todo lo posible por conquistar su amor. Isidora era alta, delgada, de ojos canela, inquieta, amistosa y de temperamento alegre; tenía un pequeño lunar en la mejilla izquierda. Su hermoso rostro estaba enmarcado por una larga y negra cabellera. Era la chica más linda del lugar. En la escuela se ganó el primer premio del concurso de canto y poesía que el profesor Gregorio organizó con motivo de la fiesta patria.

La ilusión de sentirse vestida de novia la volvió más alegre, vivaracha y parlanchina. Hablaba de cualquier cosa sin ton ni son con las amigas de la escuela con una fluidez de palabra que impresionaba a quienes la oían.

Una tardecita, doña Josefa Rios los encontró en el portillo de atrás besándose apasionadamente. Gritó con furia: “¡Malditos!” Le dio un puntapié a Luis Augusto Padilla, agarró por los cabellos a su hija Isidora y después de arrastrarla unos tres metros por el suelo y golpearla brutalmente contra la cerca de guadua, le escupió la cara y volvió a gritar: “¡Maldita hija!” Mientras Isidora González se limpiaba un hilillo de sangre que le manaba del labio superior, su mamá aún temblorosa por la ira, le gritó otra vez en tono enérgico y desesperado.

- ¡Hija de los diablos!... ese hombre no te conviene... es un aparecido que tiene cara de todo menos de gente decente. Las malas lenguas comentan que el papá es un matón.



- No me importa lo que digas mamá, - replicó Isidora en tono rebelde.

- ¡Me casaré con él y punto. Además eres una mujer vieja y me quieres convertir en una monja.

- ¡No seas altanera Isidora! – replicó doña Josefa y le volvió a golpear la cara. Isidora enojada y rebelde no le habló a su mamá durante toda la semana.

Una madrugada mientras Isidora dormía, sintió que una mano varonil tocaba su cuerpo. Asustada tocó esa mano áspera y extraña y preguntó: “¿Quién es?”

- Yo, - susurró la voz de su adorado amor.

El trancó la puerta... Isidora estaba sola y con la oscuridad como cómplice dieron rienda suelta a su pecaminosidad adormecida y poco a poco los dos se perdieron en un laberinto oscuro y apasionado. Antes del amanecer su príncipe azul había desaparecido sin dejar rastro alguno y por varios meses nadie supo de su paradero.

La familia González era una de las más adineradas del lugar. A unos 5 kilómetros del pueblo, tenía una parcela de unas treinta hectáreas sembrada en gran parte con árboles frutales que se extendían por toda la orilla del río. Había una huerta sembrada de plátano, yuca, ñame, ahuyama y el corral de las gallinas, y más allá en su chiquero los mejores cerdos de la región. Toda esa



riqueza se convertía en testigo visible de la solvencia económica de los padres de Isidora.

Su mamá doña Josefa Ríos muy meticulosa y laboriosa, se pasaba el día con una toalla en el hombro para espantar las moscas, cosiendo camisas o preparando dulces y el arroz de leche que por las tardes ofrecía a su clientela detrás del mostrador de la tienda, con esa simpatía que nunca dejó de tener. Con el pelo recogido en un moño sostenido por una peineta de carey y descalza la mayor parte del día, era incansable realizando los oficios del hogar. En su cuarto guardaba celosamente un baúl y dentro de él como recuerdo de su boda, un ruidoso traje de seda y un sombrero descolorido rematado por un ramo de flores artificiales. Encima del baúl, en una maleta medio abierta y sin cerradura, asegurada apenas con un cinturón de cuero distinto al de la maleta, tenía varios vestidos de popelina blanca y azul que se ponía los domingos para ir a misa de 8 o en la fiesta de San Sebastián.

La noche era bochornosa. Isidora no podía conciliar el sueño; movió la aguja del viejo radio receptor y de pronto escuchó una vieja canción vallenata que le cantaba a Luis

*“Cállate corazón, cállate
cállate corazón, no llores
una pena y otra pena
son dos penas para mi...”*



Estaba absorta escuchando su sentimental canción, a la vez que acariciaba su muñeca, cuando de pronto una voz conocida susurró a través de la rendija de la puerta: ¡Isidora! ¡Isidora! ¿Sabes? Te quiero mucho. He viajado 5 días y 4 noches porque no he podido olvidarte. Si estás dispuesta, vengo a proponerte que nos vayamos esta misma noche. ¡Me haces mucha falta!” Las palabras de su prometido le reconfortaron el alma a tal punto que se sintió la mujer más feliz de la tierra.

El perro de la casa comenzó a ladrar detectando con su olfato la presencia del desconocido.

- Toma este pedazo de carne y cállate. ¡perro viejo! – dijo Luis Augusto Padilla con ira.

Su instinto lo llevó a devorar rápidamente la merienda que Luis le tiró y 10 minutos más tarde el perro se revolcaba en el suelo con gestos de agonía y moría lentamente bajo el efecto del veneno.

Luis corrió de Nuevo hacia la puerta que Isidora ya tenía entreabierta.

-Vámonos Isidora. Viviremos lejos de aquí. Te construiré una casa de zinc para que en las noches de invierno, duermas arrullada por la lluvia. Eres tierna, cariñosa... ¡Te amo mucho Isidora!

Isidora también susurró: “Gracias cariño. Sabía que ibas a regresar. Me iré contigo ahora mismo. ¡Espérame afuera con cuidado, mientras empaco algunas cosas!”



Isidora pensó a la ligera en la fecha acordada con Luis para el matrimonio, pero por la forma repentina en que todo estaba sucediendo no comprendió la propuesta de su novio. El corazón de Isidora comenzó a palpar aceleradamente a la vez que empacaba en su maleta de cuero su ropa interior y algunos vestidos. Los mosquitos empezaron a incomodar a Luis, pero él siguió esperando pacientemente a su amada.

-¡Tranquila mi amor, que todo nos saldrá bien. Ten cuidado de no despertar a los viejos¡, - le dijo Luis desde su escondite.

Isidora miró a su papá que dormía profundamente y entre suspiros susurró:”Papá te amo porque eres un hombre honrado, valiente y trabajador”. Una lágrima rodó por su mejilla y secándola rápidamente con la manga de la blusa, continuó: “Lástima que nunca me diste una caricia, ni un beso de padre. Cuando obtuve el diploma de excelencia en la escuela por ser la mejor alumna del curso y te lo entregué emocionada, esperaba siquiera una palabra de estímulo, pero nunca llegó. ¿Por qué eres así papa? ¿Por qué nunca me has dado afecto?”

Afuera impaciente estaba Luis Augusto Padilla, deseoso de abrazarla, besarla apasionadamente y unirse con ella para siempre. La tomó del brazo y corrieron juntos por entre pequeños matorrales. Rápidamente se perdieron en la distancia a la luz de la luna que abrién-



dose paso por entre la oscuridad de la noche se deslizaba sigilosamente por el firmamento dándole a aquel escape amoroso un toque especial de Aventura.

- ¡Corre más de prisa Isidora!
- ¡No puedo! El niño puede maltratarse.
- ¿¡Qué niño!?
- Estoy embarazada.

Luis detuvo violentamente la Carrera.

- Ando en el quinto mes. Pero gracias cariño por haber venido a buscarme antes de que mis padres me descubrieran.

Luis quedó confuso; varios pensamientos en forma inmediata se dieron cita en su mente.

- ¡Pues te regresas ahora mismo para tu cochina casa, estúpida mujer! ¡Ese hijo no es mío!”

- ¡Luis Augusto Padilla! – gritó con furia Isidora-. “Me entregué a ti aquella noche sin reservas y ¿ahora me dices que ese hijo no es tuyo?” – Isidora sintió que el puñal de la desilusión atravesaba su corazón; se le formó un nudo en la garganta, pero sacó fuerzas para no llorar.

“Entonces, mi mamá tenía razón, ¡maldito!” – gritó.

No pudo seguir hablando porque Luis se perdió en la oscuridad de la noche cual alma llevada por los de-



monios. Su reloj marcaba las tres de la mañana; un kilómetro la separaba de su hogar paterno.

-¡Desdichada vida...! Debo regresar a casa, pero ¿cómo haré para entrar sin que mis padres se den cuenta? ¡Te odio Luis Augusto Padilla! ¡Te has burlado de mis sentimientos y eso jamás lo podré perdonar! ¡Te odio Luis...!

Siguió repitiendo lo mismo en voz alta mientras regresaba avergonzada a casa. Cuatro horas después escuchó que le decían: “Despierta hija, son las siete de la mañana y debes llevarle el tinto a tu papa”. Se levantó aturdida por lo que acababa de sucederle... y se metió a la cocina.

Una, dos, tres... niñas pasaron por el andén de su casa rumbo a la escuela e Isidora se acordó que todavía era un estudiante y que ese día tenía examen de matemáticas. Se estaba colocando una faja para ocultar su vientre embarazado cuando bruscamente Arturo González, su padre, alisándose con la punta de los dedos el bigote negro y retorcido entró a la alcoba. La alcanzó a ver medio desnuda y en tono enérgico le dijo: “¡Te veo muy pálida y tienes el estómago como el de un muchacho lombriciente! ¿Qué te pasa?”

Al sentirse descubierta, Isidora no encontró otro recurso que decirle la verdad a su papá.

- Estoy embarazada, - le dijo temblorosa.
- ¿Qué estas diciendo?, - gimió Arturo González espantado.



Isidora se echó a llorar, se agarró de la puerta y quiso salir corriendo.

Arturo González la agarró por los hombros y sacudiéndola con violencia, con el rostro desfigurado por la ira y el dolor, le gritó: -¡De quién! ¡Maldita! ¡De quién! ¡Carajo!

- De Luis Augusto Padilla, - Le contestó Isidora con un hilo de voz.

- ¡Maldito canalla!, - volvió a gritar y sin soltarla agregó con voz ofuscada: “¡Has manchado mi reputación en este pueblo!”

Una, dos... cachetadas hicieron mella en el rostro de Isidora.

Juana, apodada “la loca” que observaba la escena desde la casa vecina, se encargó en pocos minutos de llevar la noticia por todo el caserío.

Durante los últimos cuatro meses de embarazo, Isidora soportó el rechazo continuo de su padre; quien no podía aceptar que su única hija, joven y bella, levantada con todos los cuidados de una familia distinguida, hubiera llegado a tan baja situación moral. Desde esos días en adelante a don Arturo González se le metió la idea de que muy pronto iba a morir. Todo le fastidiaba. Primero comenzó a fastidiarle la comida, después el cacareo de las gallinas, luego cualquier cosa que encontraba mal puesta. Pasaba largo rato arreglando las



cosas que él mismo había desarreglado y por las noches difícilmente podía conciliar el sueño. Además doña Josefa empezó a tener dificultades hasta para entender lo que él le hablaba porque la mayoría de las cosas que decía eran palabras caprichosas y sin sentido.

- Siempre te pones lo que no sirve, -le dijo un día doña Josefa viéndolo vestido con un pantalón sin cremallera y con cara de montuno-. Parecía mentira que don Arturo González, seco e inexpresivo de sentimientos, ahora estuviera tan afectado por el fracaso de su hija.

-No tengo hambre, -dijo una mañana apartando el café con leche que le llevó Isidora y añadió con voz quebrada por el llanto: “la pensaba mandar el otro año a la capital para que estudiara y fuera doctora”.

Isidora sintió un profundo dolor al ver llorar a su papá.

-No tuve la culpa papá, él me obligó.

-¡Mentira! ¡Hija maldita! ¡Has puesto por el suelo mi apellido y reputación! ¡No quiero oír excusas bobas!

Isidora se dejó llevar por la ira y gritó: “¡Cállese papá!”

-Por altanera te vas de la casa ahora mismo!

Isidora se fue llorando a la escuela y le contó al profesor Gregorio lo que le acababa de suceder.

Esa mañana el profesor de Isidora no dio clase de matemáticas sino que se dedicó a lamentar el proble-



ma familiar de su mejor alumna. Varias de sus amigas sollozaron al escuchar hablar al profesor. Isidora, con el rostro enrojecido de vergüenza se levantó y salió corriendo. Corrió despavorida como perseguida por un extraño presentimiento, con la boca abierta, la lengua seca, la respiración azarosa y asaeteada por los clavos de una lluvia fina. De repente se paró y con la cara entre las manos lanzó una mirada de agonía al cielo; sentía que su pecado había arruinado su vida y gritó con angustia: “¡Dios mío! Luis se burló de mi honor, papá me rechaza y...”

De pronto un pensamiento extraño cruzó por su mente.

-¡No...! ¡No...! ¡No por favor!, exclamó.

-¡No, Cándido Manuel! ¡No...! ¡No quiero abortarte! ¡No tienes la culpa de mi pecado! ¡Mereces nacer hijo mío!

Al fin llegó al rancho de su amiga Eloisa. La puerta estaba abierta; cruzó el húmedo y sucio patiecillo atestado de cachivaches y con el alma adolorida se tiró cual larga era sobre una vieja cama. Llorando se quedó dormida boca abajo con la ropa puesta y con el brazo derecho doblado bajo la cabeza. Soñó que en sus brazos mecía y acariciaba una tierna criatura indefensa y cariñosa que parecía decirle: “¡Mamá! ¡Mamita! ¡Soy Cándido Manuel! ¡No me mates por favor, déjame vivir!”

EL ESPLENDOR DE LA GLORIA SANADORA

EDUARDO S. CAÑAS ESTRADA



La unción del Espíritu Santo ha acompañado mi ministerio y me ha permitido evidenciar la gloria de Dios en todo su esplendor sobre la tierra. Convencido de que Dios quiere ver a su pueblo disfrutando de buena salud y fundamentado en los principios de sanidad de las Escrituras, hago declaraciones específicas de fe sobre la operación restauradora que el Señor me revela en ese momento y los milagros se producen.

“EL ESPLENDOR DE LA GLORIA SANADORA” es un libro que había soñado escribir basado en las promesas bíblicas de sanidad, para confirmar que el poder de Dios y el de su Hijo Jesucristo siguen moviéndose en nuestro tiempo cuando la fe se activa sin condiciones. Si usted hace suyos los principios contenidos en sus páginas, disfrutará continuamente del cumplimiento de esta promesa que el Señor le hizo al pueblo de Israel: “...ninguna enfermedad de las que envié a los egipcios te enviaré a ti; porque yo soy Jehová tu sanador” (Éxodo 15:26).

 Iglesia Cristiana

Adquiérello en todas las librerías Manantial a nivel nacional
o en www.manantialvida.org

LOS 7 NIVELES DE LA BENDICIÓN

EDUARDO S. CAÑAS ESTRADA



La Palabra de Dios contiene secretos insondables, misterios a los que solo tenemos acceso en un momento de revelación especial dado por el Espíritu Santo. A lo largo de mis años de ministerio he estudiado las Escrituras tratando de ir más allá de lo que capto a simple vista. Me he preocupado por trascender el Logos (la palabra escrita) y abordar el Rhema (la palabra revelada), porque es en esta última donde ubico el propósito de Dios para mí, para mi familia y para mi ministerio.

“Como apóstol me identifico plenamente con el contenido de este libro. Eduardo expone de manera muy clara y precisa una revelación que puede transformar la vida del cristiano. La semana que le tomó a Dios crear el mundo, encierra el misterio de cómo vivir una vida entera. Capítulos como el de la revelación apostólica o el nivel de mayor productividad, son claves para una vida plena y en constante crecimiento.”
APÓSTOL GUILLERMO MALDONADO, Ministerio Internacional El Rey Jesús, Miami Florida (EE.UU)

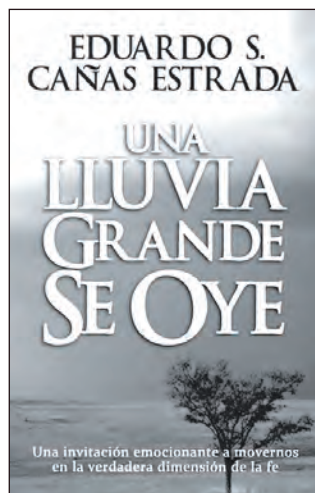
 Iglesia Cristiana

Adquiérello en todas las librerías Manantial a nivel nacional
o en www.manantialvida.org

OTRAS PUBLICACIONES

UNA LLUVIA GRANDE SE OYE

EDUARDO S. CAÑAS ESTRADA



Es nuestra fe en Dios y su Hijo Jesucristo lo que toca el corazón del Padre. Es la fe la que nos permite ver las cosas que no son como si fuesen. Es la fe la que da testimonio de la presencia del Espíritu Santo en nosotros. Es solo mediante la fe que movemos el mundo y sus circunstancias a nuestro favor. Nadie puede llamarse creyente a menos que crea. La Biblia dice que creemos mediante la fe: "porque por fe andamos, no por vista" Esto fue lo que Elías quiso darle a entender a Acab cuando le dijo: "una lluvia grande se oye", y es lo mismo que el Señor me invita a decirle a usted a través de las páginas de este libro.

Apóstol Eduardo Cañas Estrada


Iglesia Cristiana
Manantial

Adquiere en todas las librerías Manantial a nivel nacional
o en www.manantialvida.org

OTRAS PUBLICACIONES

CUANDO LA SAL PIERDE SU SABOR

EDUARDO S. CAÑAS ESTRADA



En un lenguaje sencillo, pero altamente confrontador por el respaldo bíblico que lo sustenta, el Apóstol Eduardo S. Cañas Estrada deja al descubierto uno de los más grandes problemas de la iglesia cristiana contemporánea: LA FALTA DE ORACIÓN. Además de denunciarlo, señala sus causas y consecuencias y, lo que es más importante, la forma de solucionarlo fundamentado en un claro trasfondo escritural.

Apoyado en su amplia experiencia pastoral, el autor expone principios de gran validez y profundo significado, tanto para el creyente en particular, como para la iglesia de Colombia y el mundo, porque ambos necesitan adquirir, cada vez más, una profunda relación íntima con el Padre celestial que se traduzca en un AVIVAMIENTO GENUINO.

Las verdades expuestas en este libro, nos ponen cara a cara con nuestra necesidad de atender el llamado continuo que Dios nos hace en 2 Crónicas 7:14, "Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra".


Iglesia Cristiana
Manantial

Adquiere en todas las librerías Manantial a nivel nacional
o en www.manantialvida.org

OTRAS PUBLICACIONES

EL AROMA DE SU PRESENCIA

EDUARDO S. CAÑAS ESTRADA



Todos los seres humanos venimos al mundo para recorrer un camino y definir el destino que nos vincule al propósito de Dios. En Jeremías 1:5 leemos: "Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones". Estas palabras pueden evidenciarse en la vida personal y ministerial del Apóstol EDUARDO S. CAÑAS ESTRADA, cuyo testimonio constituye el valioso contenido de este libro: EL AROMA DE SU PRESENCIA.

Narrado con el estilo costumbrista de su autor y protagonista, el libro describe el sendero que recorreremos sin saber, la mayoría de las veces, que detrás de nuestras vivencias se esconde el propósito divino. Cada capítulo nos desafía a reconocer que nunca podemos separar a Dios de nuestra vida, pues Él es la causa de todo cuanto existe.

 Iglesia Cristiana
Manantial

Adquiérelolo en todas las librerías Manantial a nivel nacional
o en www.manantialvida.org